

A T R À S

J. M. G. LE CLÉZIO

Traducción de Iván Salinas

1 N. de la E. Este relato forma parte del libro *La fiebre* (Editorial Almadía, 2010; col. Mar Abierto. Narrativa contemporánea), antología de nueve cuentos de Le Clézio traducidos por primera vez al español. Fue preparada con el apoyo de la Embajada de Francia en México (CCC-IFAL), en el marco del Programa de Apoyo a la Publicación “Alfonso Reyes” del Ministerio francés de Relaciones Exteriores.

Hoy, 15 de abril del año xxv después de mi nacimiento. Antes de eso, caminar. El tren rueda para mí, completamente solo en la noche, y las ventanillas tiemblan y se azotan. La velocidad ha penetrado en cada rueda, cada placa de acero mugriento, y todo vibra, con pasión. Yo también vibro y me agito, en alguna parte al fondo de mi cuerpo, y la vibración escala el edificio de mis órganos, eléctricamente, con hormigueos, con pulsaciones, como una invasión de microbios. No soy otra cosa, vibración, y las ondas cortas y secas recorren mis segmentos, mis huesos, mis nervios. La velocidad sólida. Algo sale de mí, desmesurado, puro, frío, como la larga hoja de un cuchillo. Y espero. Antes de eso, caminar siempre. Mi rostro quizá se ha hecho más blando, está más blando ya. Siento los fémures y las tibias acartonados, la piel del vientre arrugada. Aún nada... Voy más lejos: ahora, el corazón; el corazón que late notoriamente un poco más rápido, notoriamente con menos fuerza. De golpe, los pulmones se crispan. Y la velocidad, la velocidad sigue saliendo de mí. Imágenes complicadas, vanas, se apilan. Sonidos largos, ronquidos, semejantes quizá al ruido del aire al desplazarse en un incendio. Eso es: estoy frente a un incendio gigantesco que abrasa media ciudad. El incendio pasa, vuelve, y yo sin moverme. Tal vez estoy aún en una especie de tren. 20, 19, 18, 17, 16, 15... Algo disminuye, disminuye con rapidez, no puedo detenerlo. Me absorbe, me aspira una digestión voraz, no me defiende, o apenas lo hago, no hay nada que hacer. El tren soy yo. Ahora entiendo, ¿qué puedo hacer? ¿Se puede combatir a un tren? El poderoso aliento, los rieles, terriblemente largos, rectilíneos, penetran en mí con una violencia que desgarrar todo: las ruedas, los ejes chirriantes, los fuelles, las ventanillas abriéndose por completo hacia el negro espacio de la noche y del aire, hacia el hielo, con el cielo inmóvil, la máquina que jala, todo derecho, todo derecho, que jala su bulto, sin esfuerzo, en medio de la campiña desnuda, todo eso soy yo, soy yo quien acelera, un yo furioso, feroz, como un búfalo desquiciado. Rebaso ciudades, hileras de ciudades en donde las luces brillan y cambian de lugar. Los cables corren frente a mis ojos, se elevan, se agachan, se elevan, se agachan, etcétera. El frío penetró en mi cuerpo con el movimiento, haciendo que adopte una posición horizontal, aplanado sobre la tierra, extendido sobre ella como una capa de agua. Y me escurro por todos lados. Ya nada me retiene. Invado los agujeros, choco y tapo los bordes, extendiendo, floto, tengo olas.

Siempre las mismas cifras, contadas al revés, huyen de mí. Seguramente se trata de segundos, de inefables y vanos segundos que dividen todo, marcan los trazos, luego borran, seccionan los paisajes, las frases, las palabras, las letras. Y *no habrá nada más, nunca*. Escucho una voz desconocida, que deletrea mi nombre y lo deforma, lo disminuye, lo encoge. Y mientras esta voz no dice más que mi nombre, siento que me dirijo a alguna parte, todavía no sé a dónde, pero es un punto preciso, allá afuera, que me atrae de manera irresistible con el agotador movimiento de su fuerza. Aspira, engulle.

“Henri Pierre Toussaint”

“Henri Pierre Toussaint”

“Henri Pierre Toussaint”

“ ri ouss”

“ rier Toussaint”

“ er Toussaint”

“Toussaint”

“Touss”

“Touss”

“ouss”

“ss”

...

Eso, en eso me había convertido. Me bamboleo como un montón de gelatina. Y muchas cosas se me escapan, me abandonan, me vacían; tengo la impresión de ser el casco de un gran buque, y que las ratas y los hombres escapan de mí, se alejan llevados por el terror, mientras me deslizo pesadamente hacia el interior del mar. Me voy a convertir en un desierto, en el canal de un pozo aéreo, salido de ninguna parte, que conduce al abismo.

Mi cuerpo ha desmejorado bastante. En esta especie de juventud lo vi marchitarse y volverse pequeño. Sin músculos, o casi. Mis manos son cortas, cuadradas, y las venas desaparecieron, como habían aparecido, bajo la piel blanca. Todo se mueve más rápido, todo es liso, sencillo. El número decreciente me desposeyó aún más, y sigo retrocediendo, retrocediendo, retrocediendo, retrocediendo, más lejos todavía, hacia atrás, hacia atrás, en plena caída horizontal. Me rodean gritos desconocidos. Y formas, atrapadas en un bloque glacial y delicado. Esto se evapora sutilmente, sin calor, sin violencia, y el agua que sale de mí sólo deja al desnudo partículas sin ángulos, redondas y pulidas como dientes. Esta acción que hay en mí, ¿es todavía la velocidad? Ahora ya no veo ningún tren, ningún riel, ninguna dirección. Al contrario, me parece que estoy inmóvil, sumergido hasta la cintura en medio de una playa de fango. Y me hundo hasta el fondo. La cintura, los puños. Las costillas. El pecho, los hombros. La base del cuello, el cuello, la nuca, la garganta. Luego el mentón. La boca, la boca. La nariz, con sus dos orificios que se cierran como dos trampas al hundirse en la arena. Todo me empuja. Y sigo deslizándome, caigo en este pozo negro, en esta fosa séptica que cálida, fríamente, me disuelve poco a poco en su masa vibrante y coloreada por un estiércol orgánico, por una generosa bestia viva provista de un largo intestino acerado. Las mejillas. Los ojos, mis ojos se cierran en este mundo de arena.

Y olvido. El tiempo sigue pasando, extrae de mí el movimiento que necesita para mover sus resortes. La voz lleva la cuenta regresiva: 15, 14, 13, 12, 11... Todo se vuelve tan estrecho, tan blanco. Estoy sentado en una silla de paja, al centro de un recuadro soleado. Los sonidos penetran en mi boca y se mezclan, todos desiguales, todos caóticos. Las palabras se forman, se deforman, se pliegan en dos, se funden.

“CIGARRO. ALTERA. HUIR. ESPINAS. TRENZAS. ABUCHEAR. NALES. RENTE. UNTO. RATA.

AFG ANO. SETTAN. HUIR. ESTADOUNIDENSE. 5 CUADRADOS. 15 %. LITERATURA. AURRLS. E RNA.” Nada las llama. Y sin embargo, vienen, entran, están ahí, venidas del exterior, de amplios campos oscuros. Llegan del mundo, de las superficies de tierra húmeda, de una suerte de lotes baldíos cubiertos por desechos. De seguro vengo de ahí. De seguro de eso me alimento. Mis padres, si tengo, habrá que buscarlos ahí, en el montón.

Retroceder, retroceder más todavía. En mis ojos, ahora, hay una fina película opaca, algo que espesa mi vista como los lentes de un hipermetrope.

Asisto a las últimas metamorfosis de mi nombre: “¡Henri, Henri!” “¡Ri!” “¡Ri! ¡Ri! ¡Ri!” Ése es mi nombre, el que la gente grita. Con la boca abierta, una risa demente atraviesa atropelladamente toda mi garganta, se alarga como el resplandor de un trueno, se agacha, se levanta, rebasa los labios y canta al viento, empujando las cortinas invisibles del aire. Luego, esa risa se transforma en dolor, en un dolor inmenso, nacida en la recámara de los pulmones comprimidos, venida desde el diafragma paralizado, semejante a una prolongada contracción interna que expulsa, que rechaza, que expulsa, que extirpa el alma de mi cuerpo.

¡Vaya! Me encogí un poco más. No puedo decir cuánto, pero de pronto los objetos me parecen gigantescos. Yo que me creía más bien alto, ahora la mesa me llega a la altura de la nariz. Pero ya no estoy ni siquiera asombrado, no, prefiero dejar que el tiempo me maneje. Me limito a circular en medio de las cosas como si estuviera en un bosque: las mesas, las sillas, las cómodas, las camas, las escalerillas, todos son árboles. Sus fustes son inmensos, y yo, pequeñito.

Luego viene la marea de las cosas antiquísimas. Dejé de ser yo desde hace tiempo. No sé cómo decirlo, pero los gritos y las llamadas bailan. Las manos. La confusión reina por todas partes,

y esta especie de vacío penetró en todo mi cráneo por mis ojos, mi boca, mis oídos, mi nariz, abiertos de par en par, y se deslizó por todo mi cuerpo como agua, como agua. 10, 9, 8, 7... Estoy conectado a la tierra por una columna, por el mármol. Pertenezco. O quizás estoy acostado bocabajo, congelado, sobre una fotografía. Sí, ahí: en un muelle, cerca de una mujer, al borde del agua, con el codo apoyado en un poste. Las montañas se encuentran a mi espalda, y encima de mi cabeza hay un rectángulo celeste, perfecto, sin nubes. Ahora tengo la cara toda estirada, el cabello al ras, y los ojos con ojeras. Ya no respiro, o apenas. Eso es: volví a mi universo, ya sabe, ese espectáculo petrificado, los coches inmóviles, los transeúntes interrumpidos en su andar, los pájaros atrapados en pleno vuelo, todo eso, plano, tranquilo, uniforme, congelado, pulido, detenido, intocable.

Y sin embargo, la misma cosa que se va, siempre, que se escapa, este bicho que se larga, que huye, que se recupera. Ya no retrocedo más, parece. No, la evasión ha cesado. La acción que hace rato se hacía a contrapelo, ahora se ha dado vuelta, y después de cierto tiempo de pausa, en el que reunió sus propias fuerzas, agazapada, brinca de repente, se lanza y comienza de nuevo, y en esta ocasión en verdad me lleva con ella. Ya nada la frena. Soy libre, soy totalmente libre. Ya no espero nada, y mi carne ya no es ningún obstáculo. Bajo a toda velocidad, ruedo como si me persiguiera el diablo por la nueva vía, recta y virgen, en el camino blanco y tranquilo. Sí, ésa es la verdadera velocidad. Nada me detendrá. Escucho el ruido cadencioso de los segundos que salen disparados, los golpes en sordina de mi corazón que bombea, mientras las cifras desfilan, escalan, construyen:

101 102 103 104 105 106 107 108 109 110
111 112 113 114 115 116 117

Aquí, en donde estoy, ya no hay ni días ni noches: nada. Las fotografías desfilan ahora, las fotografías sin fecha, silenciosas, que no muestran nada, que no representan a nadie. Sobre ellas no se ve ningún rostro, ningún objeto, ningún paisaje. Grandes hojas de cartón gris, en donde me introduzco con rapidez y de donde salgo aún más rápido. Un verdadero pasillo con mil puertas por donde avanzo como un rey

Más abajo todavía. Sí, mucho más abajo. A cuatro patas. Los torbellinos están por todos lados, y yo también soy uno. Lo caliente, lo frío. Dolor. La comezón, los cosquilleos. La lengua se hace un nudo en mi boca, mi aliento apenas puede avanzar.

Las palabras, ¿a dónde se fueron? Desaparecieron. Ya sólo quedan unas como aureolas, sí, eso es, unas como aureolas alrededor de las cosas. Impulsos que levantan el cuerpo por completo y lo hacen deslizarse hacia los objetivos, lo arrojan al centro de los materiales, y amasan el conjunto.

Soy un enano. Ya no tengo fuerzas, tiemblo con todos mis miembros. Tengo miedo: a que me dejen aquí, olvidado en este agujero; no soy digno de que se acuerden de mí, de que me miren. Olvídenme. Todo es tan grande, tan áspero. Las luces son dolorosas, a veces pasan con rapidez, otras con lentitud, restregando en mis retinas unos eternos vestidos blancos, nacarados, relámpagos, soles eléctricos. A la izquierda, a la derecha, rechinidos, chirridos de madera desbastada. Estoy atorado en un campo de secasfirmas, mientras el polvo se agita en medio de los penetrantes olores de tinta. Todo asciende en mí.

Olas ácidas levantan el vuelo desde mi vientre, hacen a un lado las paredes de las mucosas, y suben, suben, suben. Vomito el mundo, por dondequiera. Me veo inundado, luego llamado, arrancado, sacudido; arrullado, mecido. Entonces aparecen otros sustratos, velos gaseosos e hipnóticos, que se posan revoloteando apenas sobre mi cabeza, y que la cubren, uno tras otro, como si fueran escorias.

¿¿¿Cuál es la cifra??? ¿Dos? ¿Uno? ¿Menos todavía?

El pantano es realmente enorme. Se elevan humaredas por aquí y por allá, por todas partes, y los olores azucarados o penetrantes merodean, se arremolinan. Unos bichos lentísimos emergen del lodo, sus negruzcos caparazones relucen bajo la luz, con las pústulas perladas de gotas. Estos bichos sacan sus cuellos del pantano, con poderosos estiramientos de las vértebras, luego miran de lado, y sus ojos abiertos perforan la coraza de lodo. En un cielo inundado de vapores, graves signos son trazados: espesas barras, carbonosas, que se desmoronan poco a poco en el viento. En algunos puntos el frío es tan intenso que se ve cómo se forman los cristales del hielo en el aire, como si fuera un vidrio. En otros, sucedía lo contrario, hacía calor, un verano húmedo y demoledor, espirales se dibujaban en los charcos de tierra derretida. Las burbujas se estrellan unas con otras, luchan, y luego revientan proyectando a su alrededor unas salpicaduras mugrientas. Todo bulle, todo golpea. Unas ondas sordas descienden a kilómetros de profundidad, y sus itinerarios se reflejan en escalofríos casi imperceptibles de la corteza terrestre. El hambre. La sed. Ovillado, bañado en sudor. La fiebre, ¿cuál fiebre? La garganta abierta, la garganta dilatada, para absorber el aire y la vida, los líquidos alimenticios, la frescura, para calmar ese fuego insaciable que devora las entrañas, para apaciguar las escocheduras, las grietas del frío, para inundar los recovecos de la piel seca, para respirar, para irrigar, para entrar completamente vivo en la atmósfera, y nada, volar, arrastrarse, flotar, extenderse, crecer, vivir, ¡vivir! Y un grito ronco, estridente, seguido por otro grito, de un “¡ah!” de picapedrero, ambos gritos suben al unísono, se elevan hacia el techo.

Y entonces, *en camino* hacia una especie de muerte. Año cero

